

BIBLIOTECA

Los Grandes Filmes

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

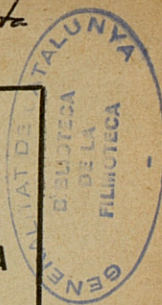


EL TORRENTE

POR
GRETA GARBO
RICARDO CORTEZ
etc.
50 cts.



BELL, Monte



BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Via Layetana, 12 - BARCELONA - Teléf. 4423 A.

The Torrent (1926)

EL TORRENTE

Sentimental y magnífica producción,
interpretada por

Greta Garbo, Ricardo Cortez, Gertrude
Olmsted, Tully Marshall, etc.

En Italia: "Il torrente"

Producción

Metro - Golwyn Pictures

Exclusiva de

Metro-Goldwyn Corporation

Mallorca, 220

BARCELONA

Film Lexicon: Garbo/930

Prohibida la reproducción.

Revisado
por la censura gubernativa.

J. Horta, impresor - Cortes, 719.-Barcelona

EL TORRENTE

Argumento de la película

El frondoso suelo mejicano está siempre matizado de luz, reflejando en el cielo tonos azules y dando al paisaje efectos maravillosos.

En el extenso valle que rodea a un pueblo costeño, corre un río, sereno, perezoso, pero que en época de lluvias y desbordamientos ruge furioso, precipitándose devastador convertido en torrente.

En dicho pueblo se levantaban los muros de la alquería de los Martínez, mansión señorial que desde hacía más de un siglo se erguía victoriosa en el valle.

El señor Martínez, propietario de la alquería, hallábase, aquel día, de plática con el bar-

bero Ricito, que unía a sus dotes de Fígaro conocimientos de música y canto.

Pero quien hablaba de los dos era el barbero, porque el señor Martínez tenía bastante trabajo con sostener la bacía debajo de su cuello, y procurar, además, que no se le fuera la mano al rapador, sobre todo cuando la navaja rozaba partes tan delicadas como el apéndice nasal o los sendos lóbulos de las orejas.

En la cocina, la esposa del señor Martínez se afanaba en la condimentación de los alimentos, atenta siempre a la más completa felicidad de los suyos.

En tanto, Leonor, en el patio de la casa, esparcaba con delirio el momento en que su corazón se desbordaría de ventura...

La ocupación que la retenía allí no era larga, pero ella la multiplicaba por conveniencia, entreteniéndose en varias faenas.

Interiormente, sin dar lugar a suspicacia a sus padres, murmuraba una plegaria, oteando la línea de la tapia y la puerta de la alquería, como si de un momento a otro tuviera que aparecer alguien en una u otra...

Leonor era joven, bella y alegre. Reunía en ella las tres cosas mejores del mundo; y por ello era admiración de los mozos del lugar y la envidia de las mocitas.

Muchos galanes pasaban junto a la alquería para ver, aunque de lejos, a la gentil flor de carne, y, a falta de llevársela, muy estrechamente abrazada sobre su corazón, la raptaban imaginariamente, prendiéndosela en el alma...

Leonor no les hacía caso, porque su querer ya tenía dueño.

A él era a quien aguardaba ansiosa aquel día, como todos, aunque acaso más anhelante que de costumbre...

Tenía necesidad de verle, y cada minuto se le antojaba un siglo.

Para ocultar su vehemente deseo, dió libertad al ruiñón que anidaba en su clara garganta.

Ascendió en el aire una animosa canción, y las notas surgían tan sutiles y vibrantes de la jaula rosada, que hasta los mismos pájaros musicales interrumpían sus trinos para escucharla con embeleso.

Dos cosas pedía a la Virgencita de las doncellas. Una de ellas, que Manolito Ros no



...dió libertad al ruiñeñor que cuidaba en su clara garganta.

tardase en reunirse con ella. La otra, que el tesoro de voz que Dios tuvo a bien darle, pudiera proporcionar el bienestar a sus padres.

¡Ilusiones de la juventud!

Amor y gloria.

Pero ¿por cuál de ambas cosas se inclinaría, caso de verse obligada a elegir entre las dos?

¡Oh! Indudablemente, por el amor.

Porque el amor había hecho presa en ella de tal modo, que recias y a la vez suaves cadenas le impedían todo intento de fuga...

El señor Martínez se deleitaba escuchando a su hija.

Enorgulleciase de ella; y no pudiendo contener su satisfacción, dijo, interrumpiendo al barbero en su copiosa charla:

—Mi Leonor tiene un ruiñeñor en la garganta.

El buen padre esperaba oír los elogios de Ricito, mas se llevó chasco, pues el Fígaro de ocasión, haciendo una mueca, como si algo le estuviera martirizando los oídos, repuso:

—Pues a juzgar por lo que canta, nadie lo creería.

El señor Martínez se quedó perplejo, y antes de que pudiera pronunciar ni una palabra

de protesta, el barbero desapareció del interior de la casa, dejándole a medio afeitar.

Ya fuera del hogar, Ricito, muy decidido, fué al encuentro de Leonor, y, frente a frente, la reconvino, severamente, así:

—¡Pero, hija mía!... Me desvivo enseñándole a cantar por lo fino y usted dale que dale con cantos populares.

La encantadora muchacha se echó a reír, burlándose de la seriedad del "maestro", y éste tuvo que tragarse el disgusto de oírla cantar más y mejor cosas impropias de su voz y dignas de las fregatrices a la zaga del último "grito" del cuplé ramplón y pegadizo.

El señor Martínez se encargó, por su parte, de llamar al orden al rapador, librando así a su hija de sus recriminaciones.

—Ricito, ¿es usted barbero o barítono? —le preguntó, indicándole que atendiese a su obligación como debía.

Muy pagado de sus condiciones artísticas, el amigo contestó:

—Yo soy, ante todo, un artista; y cuando

el arte me requiere, pueden quedarse en remojo todas las barbas del mundo.

—Eso cuénteselo a los demás. Conmigo no reza. Conque dése prisa, que el jabón me escuece.

Figaro volvió a su trabajo, y la suspendida plática enhebró otra vez la aguja de las siete canas de hilo... con carrete de recambio, para un caso de necesidad...

En tanto, por el camino que conducía a la alquería se deslizaba un coche, ocupado por doña Pepita de Ros y don Andrés, su abogado.

Doña Pepita recorría sus tierras como una reina que visitara sus dominios, aconsejándose siempre de don Andrés.

La familia Ros dominaba la provincia desde varias generaciones; y doña Pepita sabía defender sus intereses con mano dura, tan dura como su corazón, que sólo se preocupaba de su conveniencia.

Don Andrés obedecía ciegamente a doña Pepita.

Detrás del coche en que ellos iban, seguía-

les Manolito Ros, hijo de doña Pepita, muchacho elegante y bien plantado, futuro heredero de la fortuna de sus mayores.

Manolito era el amor secreto de Leonor, el que ella esperaba ansiosamente, como el náufrago busca el áncora donde asirse para salvarse... porque Leonor había llegado en su pasión a hacer la más sublime demostración de que no quería separarse jamás de él...

Doña Pepita dialogaba con don Andrés:

—El asunto está arreglado diciendo a los Martínez que los "otros" quieren su dinero y no les dan ni un día de plazo.

¿Qué preparaban contra los Martínez?

Ajenos al manotazo que iba a descargar sobre ellos la Fatalidad, el señor Martínez, su esposa, su hija y Ricito se hallaban sentados ante la mesa, donde la buena ama del hogar había colocado la comida.

Dotado de excelente apetito, el barbero comía para dos, y al rociar lo sólido con una buena copa de vino, hizo chocar varias veces su lengua contra su paladar, y exclamó:

—Con este vino cantan hasta los difuntos.

Todos celebraron la ocurrencia; pero he aquí que el pájaro negro de mal agüero presentóse en forma de doña Pepita.

Su llegada significaba que venía a cobrar el dinero de la hipoteca.

Salieron a recibirla; pero Leonor, al divisar a Manolito en la tapia, escabullóse de sus padres y de Ricito, y se reunió con él, para continuar su idilio, su canción de amor... esa canción que la llevó, soñando, a dar a su amado cuanto podía darle su cuerpo...

Sentados ambos jóvenes en el borde de la tapia, teniendo frente a sí y también por do-señ, naranjos en flor, y por techo el azul del cielo, susurráronse, ocultos de sus respectivos familiares, suaves palabras de fidelidad.

Doña Pepita, después de darle algunos rodeos al asunto que iba a exponer a los Martínez, decidióse a hablar, y les disparó sin contemplaciones el arma de su egoísmo.

Les dijo que necesitaba cobrar; que ella no podía hacer nada; que no era suya la culpa, sino de los que hicieron el préstamo; que, en

fin, no había más remedio que acatar las exigencias de los acreedores.

—Pero, doña Pepita... — suplicó el señor Martínez.

—Es inútil, amigo mío... Los que hicieron el préstamo no quieren esperar más y exigen su dinero antes de mañana — le respondió ella resuelta a no ceder.

Pero el señor Martínez insistió más y más, porque no contaba con recursos para cumplir su compromiso tan rápidamente:

—Usted debe de intervenir y procurar una prórroga... ¿Qué sería de mi mujer si nos quedásemos en la calle?

Doña Pepita miró a la buena mujer, y como quien hace un gran favor a otro tomando bajo su responsabilidad lo que pudiera decir un tercero, en aquel caso los acreedores, dijo:

—Su esposa puede quedarse en la casa a condición de cuidarla a cambio de la comida.

El señor Martínez se indignó, mas la buena esposa, resignándose, contuvo sus ímpetus y murmuró:

—Cállate, Pedro. La señora tiene razón.

La culpa es de los otros, de los que chupan la sangre del pobre.

Continuaron hablando los Martínez con doña Pepita, mientras los dos muchachos, en lo alto de la tapia, después de contemplar el vuelo de unas palomas, que abandonaban el campanario de la cercana iglesia al tañer las campanas, y que se habían estado dando el piquito, se besaron en los labios, fundiéndose sus ansias en aquellos besos.

Leonor, perlados sus ojos, miró a Manolito y le dirigió una muda pregunta.

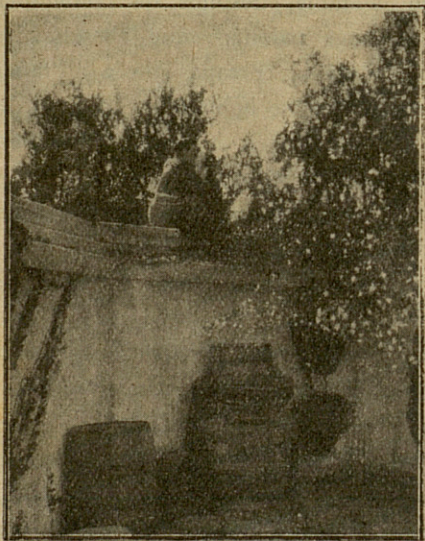
El, estrechándola con toda su alma contra su pecho, repuso:

—Confía en mí, Leonor... Apenas logre que mi madre dé su consentimiento, nos casaremos.

La bella criatura sonrió, y la esperanza de que Manolito cumpliría su palabra la aliviaba de un peso demasiado gravoso para sus débiles espaldas...

De pronto el caballo de Manolito, que esperaba a su dueño al pie de la tapia donde él estaba encaramado, se puso al trote sin él, y el

joven enamorado comprendió que el animal, al oír las pisadas de los caballos que pujaban del coche de doña Pepita y don An-



...fundiéndose sus ansias en aquellos besos.

drés, que acababan de salir de la alquería para continuar su visita de inspección, no había es-

perado orden alguna para seguir a dicho coche, conocedor como era del genio de la orgullosa dama.

Apenas pudo Manolito despedirse de Leonor, para echar a correr detrás de su caballo, pues no le interesaba que éste llegase junto a doña Pepita sin él, descubriéndose que había estado pelando la pava con Leonor.

Los Martínez estaban apenados por lo que les ocurría. Sobre todo, la madre de Leonor no se consolaba de que se vieran así, tan de repente, sin hogar propio.

Pero el señor Martínez, reaccionando al atravesar su mente una idea, se felicitó de lo que les sucedía.

—Me alegro... me alegro...—dijo jovial—. Este percance de la vida nos obligará a tomar una rápida determinación.

Sus familiares le miraron, sorprendidos, y Ricito creyó que su cliente y amigo acababa de volverse loco, o poco menos.

—Sí — continuó el señor Martínez —. De alguna manera nos arreglaremos para ir a Pa-

rís. Allí Leonor triunfará con su voz y seremos ricos.

La madre quería y no quería separarse de su adorada hija. Quería, pensando en su triunfo como cantante. Y no quería, pensando en la soledad en que iba a quedar.

En cuanto a Ricito, artista de corazón, aplaudía la idea del señor Martínez, abrigando la seguridad de que Leonor triunfaría en toda la línea.

Por su parte, Leonor se resistía a partir, porque ello significaba separarse de Manolito... y ella no podía alejarse de él...

Los inconvenientes que trató de poner la gentil muchacha fueron rechazados por su padre, que los atribuía a temor de fracasar; y se decidió la marcha para el día siguiente, pues salía un buque para Europa.

Leonor, toda a su pena, retiróse a su habitación, y escribió una carta a Manolito, humedeciéndola con sus lágrimas.

Salió luego al patio y dijo a Ricito, que se hallaba en él meditando sobre el inesperado caso de los Martínez:

—¿Quiere usted llevarle una carta a don Manolito?

Ricito envolvió en compasivas miradas a la enamorada y accedió de mil amores a cumplir su encargo.

A poco estuvo en la soberbia mansión de los Ros.

Don Andrés leía cómodamente sentado en un butacón de mimbre.

—¿Qué te trae por aquí, barbero?

—Es... era... Necesito ver a don Manolito.

—¿Le traes esa carta? Pues dámela. Iré a entregársela a su destinatario, que anda por ahí dentro.

—Tenga usted, don Andrés... pero me parece que debo esperar respuesta...

—Aguarda aquí, y te diré si la hay.

Don Andrés, pérfido y cruel, hizo como que iba a entregarle la carta a Manolito, y reapareció ante Ricito poco después, diciéndole:

—No hay contestación. Puedes marcharte.

El barbero miró de reojo al abogado, pero no le cupo más remedio que regresar a la al-

quería sin la deseada respuesta que hubiera consolado tanto a Leonor.

Manolito recibió de manos de don Andrés la carta de su amada, cuando Ricito se hallaba ya lejos; y la sorpresa del muchacho fué inmensa al enterarse de lo que le ocurría a la familia de Leonor.

La carta decía así:

Manuel de mi alma:

Nos han echado a la calle. Mi padre quiere que salga con él para Europa. Recordando tu promesa, te espera

Leonor

¿Qué significaba aquello?

¡Oh! Pronto lo sabría. Iría a ver a Leonor, y le demostraría que era hombre de palabra, cumpliendo la que le empeñara.

Doña Pepita le salió al paso. Estaba pálida, nerviosa; y procurando reprimir su cólera, le dijo:

—He sabido que hoy estuviste hablando con la hija de Martínez.

Un rayo de luz penetró en el cerebro de Manuel.

—¿Por eso los ha despedido usted? Es una injusticia. Pero yo la repararé.

Don Andrés, acercándose a doña Pepita, le sopló al oído:

—Acaba de recibir una carta de ella.

Entonces la indignación de la “alta” doña Pepita se desbordó:

—¡Muy bonito!... ¿Conque os escribís?

Quedaron solos. Don Andrés, después de haber participado a que se desencadenara la tormenta familiar, se escurría como los reptiles.

—¿Es un delito amar honradamente? — dijo Manuel.

Su madre le miró fijamente y replicó:

—¿Estás seguro de que es honrado amar así?

Manuel no sabía más que no podía vivir sin Leonor, fuera ella quien fuera, pobre o rica, porque le había entregado todo su corazón.

Pero doña Pepita estaba decidida a recurrir a los mayores extremos para disuadir a su hijo de su empeño en casarse con la pobretona hija de los Martínez.

—De mala forma recompensas mis sacrificios por ti — siguió diciéndole, poniéndose sentimental.

Manuel, pensando en Leonor, dejaba hablar a su madre.

—Mi mayor alegría, hijo mío, sería verte con aspiraciones políticas; que llegaras a ser diputado.

El orgullo de la egoísta se transparentaba a través de esas palabras.

¡Que su hijo fuese diputado!

¡Oh, qué alegría!

Manuel rompió al fin el silencio.

—¡Mamá, yo deseo vivir mi vida!

Doña Pepita le asió por las solapas, y tratándolo como a un chiquillo, exclamó:

—¡Manuel, no te ciegues! Oye mis consejos, que yo sólo quiero tu bien.

Llevóse un pañuelo a los ojos y secóse unas lágrimas, para enternecer a su hijo.

Manuel calmóse, y entonces doña Pepita remachó el clavo:

—Esa muchacha no es de tu clase. Consi-

dera que sería tu ruina... y a mí me matarías de vergüenza.

Vencido, el hijo, odiándose a sí mismo por su falta de voluntad, destrozó la carta que recibiera de Leonor, y arrojó los pedazos por la ventana.

Y el amor... el amor lloraba...

... ..

Leonor y su padre estaban preparados para partir.

La infeliz enamorada otaba el camino, esperando ver llegar a Manuel, el hombre que le juró amor eterno... y que estaba obligado a cumplir su juramento.

Pero fué inútil que esperase: Manuel no debía venir.

Momentos antes de la marcha, la madre de Leonor quitóse una cadena que rodeaba su cuello y de la que pendían unas medallitas, y se la dió a su niña, diciéndole a través de su llanto:

—Para que te libre la Virgen de todo mal.

Mucho le costó a la pobre señora despedirse de su hija y de su amado esposo, que marcha-

ban juntos en pos de la gloria; pero fué fuerza resignarse.

Ricito, por su lado, muy emocionado, aislóse con Leonor, y ofreciéndole una bolsita llena de dinero, le dijo:

—Cuando una pobre es bonita, nunca le falta al diablo ocasión de hacer daño. Ahí va hasta el último céntimo de que dispongo, para alejarlo todo lo posible de usted.

Ella se resistió a aceptar la generosa dádiva de Ricito, pero éste se puso tan terco en que la tomase, que al fin, conmovida, Leonor cedió.

Y aquel mismo día, padre e hija iban rumbo a Europa.



Pasaron los años, como una niebla gris en la que desapareció Leonor Martínez para que surgiese La Dora, la artista de moda a cuyos pies cayó París rendido de entusiasmo.

Aquella noche, al finalizar la representación de Fausto, en cuya ópera ella interpretaba el *rôle* de Margarita, el telón tuvo que levantarse varias veces para que los intérpretes recogiesen los aplausos del público.

Leonor estaba alegre como nunca. Su triunfo de aquella noche la elevaba a la más alta cima de la popularidad.

El tenor que cantaba aquella ópera con ella, participaba asimismo del entusiasmo del público, y una de las veces que cayó la cortina sobre los artistas, sin recato alguno enlazó a Leonor y la besó fogosamente en la boca.

Ella, riente, desprendióse de sus brazos y

le dijo, sin reproche, deliciosamente severa:

—No seas impulsivo, Salvatti. Todo el mundo nos mira.

El tenor volvió a abrazarla, y cuando cesó la obligación de presentarse a saludar en escena, llevóse amorosamente a Leonor a su camarín.

La gente hacía sabrosos comentarios acerca de la amistad que unía al tenor y a la tiple.

—Dicen que al quedar huérfana, Salvatti le dió lecciones de canto sin cobrarle nada — murmuraban los unos.

—Algo cobraría. Ya se sabe que esos tenores... — opinaban los demás, pensando de lo malo lo peor.

Y era el caso que...

Quando el río suena...

La fama de La Dora llegó hasta su pueblo natal, mas nadie sospechó que la célebre cantante y Leonor Martínez pudieran ser la misma persona, y menos que nadie Manolito Ros, que había seguido la senda trazada por doña Pepita.

Remedios, la hija del negociante en cerdos más acaudalado del distrito, era la muchacha elegida por doña Pepita para Manuel.

Era una niña suave, bella, hacendosa, digna, sin duda, de ser amada.

Manuel la festejaba como buen enamorado, y así, además de contentarse, al parecer, a sí mismo, hacía la más feliz de las mujeres a su orgullosa madre, que le veía a punto de ser diputado y de contraer matrimonio con un buen partido; porque el padre de Remedios tenía muchos cerdos...

Aquel día, al presentarse Manolito a pelar la pava con Remedios, a través de la reja de su ventana, la novia, llena de amor, le dijo:

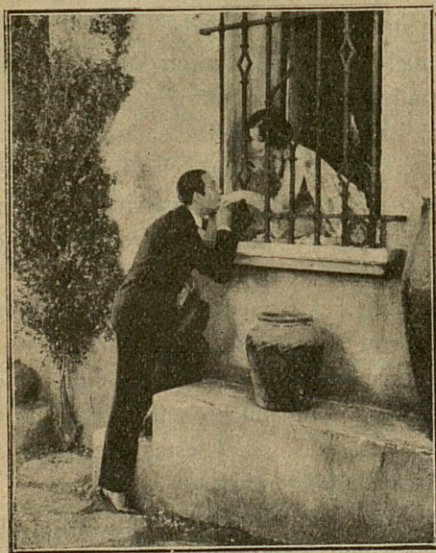
—Le he rezado mucho a la Virgen de Guadalupe para que ganes estas elecciones.

—Gracias, vida mía.

Don Matías amaba profundamente a su hija, pero como buen comerciante su debilidad eran los cerdos.

Empero, celoso de su tesoro, guardaba a Remedios como corresponde guardar una alhaja codiciable.

Mientras los dos tórtolos hablaban, ella desde detrás de la reja y él desde la parte exterior, don Matías leía un periódico a pocos pa-



Manuel la festejaba como buen enamorado...

sos de su hija, hundido en lo que dijérase sombra visto desde la calle.

De pronto Manuel preguntó a Remedios:

—¿Cuándo dará tu padre el consentimiento para que nos casemos?

Ruborizada, Remedios se apartó de la ventana y fué a cambiar unas palabras con su deudo.

—Manuel dice que cuándo nos casaremos, papá.

El comerciante, echando cálculos, respondió cachazudamente:

—No tengas prisa. Esperaremos a ver si sale diputado.

Remedios volvió a la ventana y dijo a Manuel, tergiversando la respuesta del padre, toda a su esperanza de ver elegido diputado a su amado:

—Dentro de unos días dará su consentimiento.

Marchóse Manuel muy contento con la agradable réplica atribuida al padre de Remedios; y don Matías, cuando su hija se le reunió de nuevo, le dijo:

—Nunca le demuestres a un hombre que

lo quieres antes de casarte... ni después tampoco.

Como se ve, el comerciante tenía un concepto del amor muy especial...

... ..

Cierta noche Leonor — la célebre Dora — se presentó en el Café Américain, de París, acompañada, como de costumbre, por Salvatti.

Su presencia allí despertó la admiración de los concurrentes, que se libraron a hablar de ellas de mil maneras, a cual más atrevida.

—Es mejicana y se cuentan de ella aventuras extraordinarias — dijo una dama a varios amigos.

Y esas aventuras extraordinarias fueron contadas, corregidas y aumentadas... y seguramente, algunas, imaginadas.

Sentóse La Dora con Salvatti ante una mesa, solos, y cenaron, atentos, de cuando en cuando, a las atracciones que iban desfilando por el *cabaret*.

Una de las tales atracciones interesó vivamente a La Dora.

Era un cantador. Ponía el alma en sus canciones, y una de éstas...

¿Qué pasaba por La Dora, que le hacía recordar que ella era Leonor?

El cantador dijo en una copla algo al corazón de la mejicana:

La tierra en la que se nace
es la que nunca se olvida;
otras podrán ser mejores
pero mi tierra es la mía.

Electrizada, Leonor levantóse y fué recto al cantador.

¿Qué iba a hacer?

Todos la miraban, y Salvatti, extrañado, la siguió a pocos pasos.

—Tenga usted, amigo mío — dijo La Dora al cantador.

Le tendía una mano de cuyos dedos colgaba una valiosa joya.

—No... no puedo aceptar eso, señora — murmuró el artista, no comprendiendo el motivo de aquel regalo.

—¿Por qué no? — insistió La Dora—. Es usted un artista y esto puede ayudarle para seguir su arte.

Salvatti, al ver aquello, asió de un brazo, lo más discretamente que pudo, a La Dora, y le dijo:

—¡Leonor!... ¿Te estás exhibiendo?

Ella no se movió de allí, y como soñando repuso:

—Esa copla me habló de mi patria, de mi alquería, de los míos... Ella ha despertado el deseo de pisar de nuevo mi tierra.

El tenor pretendió oponerse al viaje, mas fracasó en su intento.

... Y la cantante célebre, la triunfadora en París, llegó a su pueblo natal, arrastrando, como un cometa su cola, numeroso séquito... compuesto por animalillos más o menos domésticos... y de una acompañante que se creía joven porque su señora lo era.

¡Qué emoción la de Leonor al ir a la alquería, deseando abrazar a su madre, que con tanto afán debía esperarla!

La anciana se hallaba en la cocina, sin más

consuelo en sus últimos años que la esperanza de volver a ver a su hijita adorada.

—¡Mamaíta! — gritó Leonor al presentarse ante su adorada viejecita.



—¿Te estás exhibiendo?

Esta creía soñar al oír la voz de su hija, y al reconocerla no pudo gritar su nombre, sino que se arrojó sollozando sobre ella, quedando ambas estrechamente unidas.

Pasada la primera impresión, dijo la buena madre a Leonor, comprobando que había con-



... quedando ambas estrechamente unidas.

servado la cadenita con las medallas que le diera cuando partió del pueblo:

—¡Bien sabía yo que la Virgen te libraría de todo mal!

La llegada de Leonor al pueblo coincidió con las elecciones.

Manolito Ros había triunfado.

La comitiva que lo aclamaba recorría las calles, cuando Leonor iba a visitar a Ricito, el barbero.

El buen hombre estaba lejos de sospechar que iba a recibir de un momento a otro una sorpresa enorme.

Y enorme ¡qué duda cabe! fué la impresión que recibió el émulo de Fígaro al reconocer a Leonor... y mucho más al saber que ella era la mismísima y famosa artista La Dora.

Hablaron. Tenían muchas cosas que decirse.

Bruscamente el rumor de una música y de incesantes aclamaciones llamó la atención de Leonor.

—¿Qué es eso? — preguntó.

—¿Cómo? ¿No lo sabe?

Ricito hizo una pausa, y luego habló, procurando *hablar bien*:

—Doña Pepita se salió al fin con la suya y ya tiene a Manolito de diputado.

—¿Manolito, ha dicho usted? — exclamó Leonor.

—Sí, Manolito... Manolito Ros.

Leonor salió con el barbero del establecimiento, y colocóse en la primera fila de los curiosos, para presenciar el paso de la comitiva del nuevo diputado.

El coche en que iba Manuel se detuvo ante la barbería, y el joven representante del pueblo pronunció un discurso.

Leonor era todo orejas.

—El defender vuestros intereses será para mí cuestión de honra... — dijo Manuel, en el curso de su peroración.

Al oír eso, Leonor se echó a reír escandalosamente, tanto, que el diputado hubo de interrumpirse, y entonces Leonor, sin cesar de mofarse de él, exclamó:

—Manolito Ros convertido en el Excelentísimo señor don Manuel Ros... ¡Qué vueltecitas da el mundo!

Manuel estaba lívido. Con razón aquella

mujer, tan inesperadamente de vuelta al pueblo, se burlaba de él.

Leonor confundióse entre la gente y regresó a la alquería, mientras el nuevo diputado, terminado su discurso, preguntaba a Ricito, con ansia de no ignorar nada, por su antigua novia.

—¿Qué dijo Leonor al saber que yo era diputado?

—Pues... se echó a reír.

Manuel quedó pensativo y acariciaba unas flores que Leonor, mientras se burlaba de él en público, le arrojara.

Iría a verla, sí. Deseaba hablarle... Le interesaba saber si su situación era desahogada... No podía olvidar que se había portado mal.

Entretanto, doña Pepita y don Matías, sentados ante la mesa preparada para el banquete con que habían decidido festejar la victoria política de Manolito, trataban, a solas, del matrimonio de sus sendos hijos.

—Me parece que pide usted demasiado al querer que pongamos un cerdo más en la dote

de Remedios — decíale don Matías a doña Pepita, que en materia de cálculo le hacía la competencia al comerciante.

—Ha de tener usted en cuenta que Manolito, a más de ser hijo mío, es diputado — contestó, con altanería, doña Pepita.

—Sí, sí, todo está muy bien; pero mis cerdos se pagan a peso de oro — atajó don Matías. Y examinando un lechón relleno que descansaba en una bandeja, esperando el momento de desaparecer, añadió—: Hay quien daría dos pesos por este rabillo.

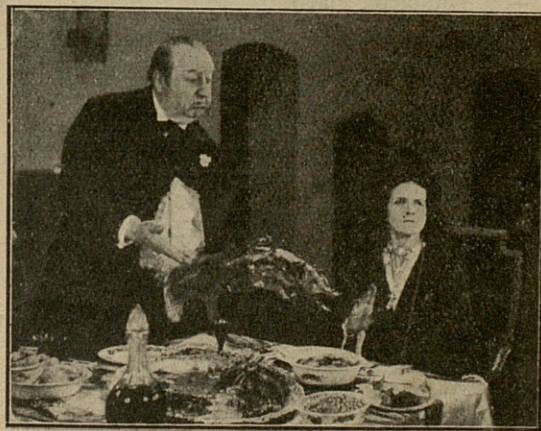
Doña Pepita no estaba dispuesta a ceder, y era probable que don Matías cediera... o que ambos cedieran a medias.

Fiel a su deseo de ver de cerca a Leonor, Manolito fué a la alquería.

Leonor se alegró de verle, aunque lo disimulara; y para asombrar a Manuel cantó detrás de un biombo.

—¿Tienes aquí discos de La Dora? — preguntó Manuel, al reconocer la voz de la célebre cantante, por haberla oído en varios discos.

Leonor salió de su escondite cantando, y Manuel, atónito, retrocedió unos pasos y preguntó tartajeando:



—Hay quien daría dos pesos por este rabillo.

—¿Eres tú La Dora?

—Dora es mi nombre en el mundo del arte. ¿Te extraña? — respondió ella.

Manuel no osó contestar.

Leonor vió el azoramiento de su antiguo amado y se complació en aumentarlo.

—¿Has venido a buscarme?

—A saludarte, claro...

—¿Conservas todavía mis flores?...

—Sí... ya ves...

—Pobrecitas, están marchitas.

Manuel se sentía infinitamente pequeño ante aquella mujer que tanto tenía que reprocharle, y se marchó confuso...

**

Al día siguiente, el jardín de la alquería parecía embelesado bajo el hechizo de la música.

Manuel daba un paseo en barca por el río con Remedios.

Detúvose la frágil embarcación al borde de la ribera, y Manuel dijo a Remedios:

—Voy a traerte las mejores rosas que se crían en Méjico.

Saltó de la barca y encaminóse a los alrededores de la alquería habitada por la señora de Martínez y Leonor.

Leonor había mandado instalar un piano en el patio de la casa y tocaba y cantaba en plena naturaleza.

Una voz dulce llevó a los oídos de Manolito las estrofas de una romanza popular, y como hipnotizado se acercó más y más al pa-

tio, hasta encontrarse en la puerta del mismo, donde se detuvo para seguir escuchando aquella voz que le llegaba al alma...



... se acercó más y más al patio...

Leonor le vió y exclamó, levantándose:

—¡ Señor Diputado! ¿ Usted aquí?

Vacilante, cohibido, Manuel balbució:

—Sí... Yo... He venido a por unas rosas.

—¡ Ah! De modo que... rosas, ¿ eh?

—Sí... y...

—Por mí puedes cogerlas.

Así, indiferente, Leonor hería en lo más hondo, aun hiriéndose a sí misma, a Manuel.

Este se despidió torpemente, no pudiendo resistir la presencia de aquella mujer que tan suya fué y que tan distanciada de él parecía ahora, y regresó al bote donde le esperaba Remedios.

Al acomodarse junto a su novia actual, díjole Manuel:

—Es necesario que nuestro matrimonio se efectúe lo antes posible.

Sus palabras tenían un gran significado. Sí. Debían casarse pronto, porque, de no hacerlo sin dilación...

¿ Qué?

Donde hubo amor...

¿ Le inspiraba miedo Leonor a Manuel?

Sin duda.

Remedios asintió, no alcanzando a adivinar el porqué de aquella apremiante frase de su novio.

La barca se deslizó de nuevo por el río;

pero no ya lentamente, sino con la mayor celeridad, pues llovía con furia y soplaba el viento.

Manuel remaba con todas sus fuerzas, para regresar al punto de partida en el menor tiempo posible; mas sus grandes esfuerzos se estrellaban contra la impetuosidad de la corriente, cada vez más alarmante.

Tras inuditos esfuerzos logró Manuel depositar a su amada en la orilla sana y salva; y a poco de pisar ambos tierra el río acostumbradamente sereno, perezoso, que rodeaba al pueblo costero, se convirtió en el torrente furioso y desolador que sembraba el espanto y la tragedia.

Muchas casas se inundaron al desbordarse el río, y los vecinos buscaron refugio, en masa, en la barbería de Ricito.

Sin embargo, aquí también corrían el riesgo de quedar incomunicados, y se decidió ir a casa de Manuel, donde no llegaba el río.

Al llegar allí, el nuevo diputado, ante la importancia de la tragedia, pensó en Leonor, y preguntóle a Ricito:

—¿Corre peligro Leonor?

El barbero repuso:

—La casa es fuerte y no es esta la primera inundación que resiste... pero está muy cerca del río y puede ser que el agua esté ya en el primer piso.

—Voy, pues, allá.

—¿Pero se atreverá usted a cruzar el río?

—Es preciso.

—Es arriesgado.

—¡No importa!

—Espere...

—No hay tiempo que perder.

—Voy con usted.

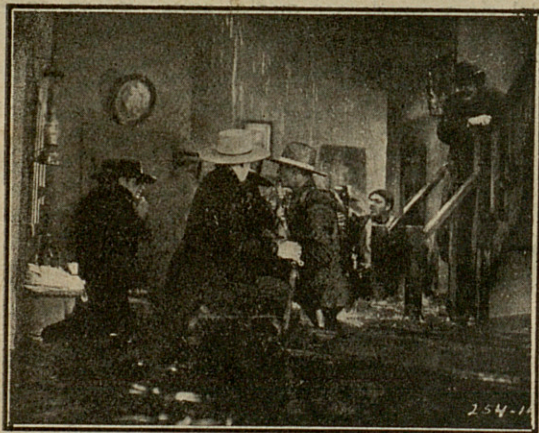
Los dos hombres, a quienes tanto interesaba la suerte de Leonor, salieron decididos a exponer sus vidas por salvar la de ella.

En el mismo bote en que antes se paseara con su novia oficial, Manuel embarcó con Ricito y lucharon contra la impetuosa corriente como leones.

Fué una temeridad inenarrable, y de milagro llegaron a destino con sólo algunas heridas producidas por los azotes del agua.

Leonor leía tranquilamente en su habitación del piso alto de la alquería.

Al ver a Manuel, ocultó la sorpresa que le



...los vecinos buscaron refugio, en masa, en la barbería...

causaba su presencia allí, y en el lamentable estado en que estaba, y en tono natural pronunció:

—¿Qué sucede?

Jadeante, Manuel contestó:

—Pensé que podría usted correr peligro...

—¿Y te has atrevido a venir?... Es una locura, Manolito: esta casa ha resistido más de una riada.

A Manuel se le heló la sangre en las venas. ¡Cómo le trataba Leonor!

Pero... ¿acaso no lo merecía?

Leonor levantóse del lecho, en que estaba tendida vestida, y fijándose detenidamente en Manuel y Ricito, comentó:

—Están ustedes chorreando... Ya comprenderán que aquí no hay trajes de hombre. Pero en la guerra se vive como se puede y aquí estamos sitiados. Les voy a proporcionar ropas más de abrigo.

Manuel se puso encima lo que Leonor le ofreció, y Ricito hizo lo propio, dejando solos a los dos antiguos enamorados.

Manuel no podía apartar sus miradas de Leonor, y dijo, después de guardar silencio un buen rato:

—¡Cuánto has variado, Leonor! No eres la misma que salió de aquí hace dos años.

—En cambio usted si es el mismo. El hombre que amó y no supo defender ese amor — replicó ella.

Manuel curvó su cabeza sobre su pecho.

—Sin embargo, su acción de hoy merece mi más honda gratitud — añadió Leonor.

Manuel intentó rehuir el elogio, mas Leonor continuó:

—Sobre todo si ha sido espontánea.

—Ha salido de mi corazón porque... porque...

—... porque me ama, o al menos cree amarme. ¿Es verdad o no lo que digo? — afirmó resueltamente Leonor.

—¿Y si así fuera? — osó decir Manuel, en un momento de fuerza de voluntad.

—Yo ya no creo en el amor... Es una palabra convencional.

—Está usted más hermosa que nunca.

—¿Le gusta a usted admirar lo bello?

En su afán de martirizar a Manuel, para probar acaso la sinceridad de su amor latente aún en su pecho para ella, Leonor ofreció a la vista del que fué tan suyo, varios y va-

liosos regalos de sus admiradores del extranjero; y dijo entre otras cosas:

—Este regalo me recuerda mi triunfo en "Aida".

Manuel mordióse los labios. ¿A cambio de qué recibió Leonor el magnífico regalo que le mostraba?

Pero no había uno, sino muchos, y la amargura le destrozaba el alma.

Una estatuita le llamó particularmente la atención.

—¿Quién es? — inquirió.

Es mi efígie, obra de un célebre escultor a quien serví de modelo.

Los celos de Manuel rompieron el freno.

—Entonces, lo que creí murmuraciones ¿es una verdad?

—Tal vez... pero, suponiendo que lo sea, ¿quién tuvo la culpa? — acusó enérgicamente la olvidada.

Manuel cubrióse el rostro y no dijo más.

Era un culpable que al hacer mal a otro se clavó el arma en el corazón.

... ..

El río volvió a su cauce y el cielo se vistió de azul.

Manuel no podía apartar de su mente a Leonor, y volvió al jardín de la alquería que todavía tenía la fragancia de las rosas y la melodía suave de una voz de ángel.

¿Por qué no estaba Leonor allí también?

¡Ah! ¡Cuánto la quería! ¡Cuán sincero era su deseo de reparar el mal que le hiciera!

Leonor surgió de repente del fondo del patio, y al verle, fué tanta la emoción que experimentó, que rechazando por completo sus pueriles deseos de atormentarle con su indiferencia ante la llama de amor que veía brillar en sus ojos, abrió sus brazos, tendiéndolos hacia él, y le llamó con delirio.

—¡Manuel!

—¡Leonor! — gritó él, corriendo hacia ella.

Se juntaron en un apasionado abrazo, y prodigándose mimos y ternuras, ella se confesó vencida y llena de dicha:

—¡Por fin lograste tu deseo, Manuel! Te quería antes, pero ahora te adoro... Por primera vez lo digo con toda mi alma.

¡Qué felices iban a ser!

Al igual que el manso río se convertía en



Se juntaron en un apasionado abrazo...

torrente, de aquellos dos corazones callados
había surgido el indómito desbordamiento del

amor, de ese amor que sólo pasa una vez en la vida.

Pero...

Doña Pepita rugió de indignación; y al corriente de ello, Leonor mandó a Manuel la siguiente carta:

Manolito, dueño mío:

Enterada de tus disgustos con tu madre, no quiero que por mi causa rompas con ella. Hoy mismo salgo para la capital.

Resígnate, corazón mío, y olvídame,

Leonor.

Y Leonor volvió a cantar otra vez, a vivir su antigua vida en la que artistas, aristócratas y banqueros le rendían homenaje.

En un corro de pisaverdes llovían adulaciones sobre ella.

—¿Es cierto que pronto nos deja usted? — le preguntaron.

—Sí — dijo ella—. Probablemente marcharé a Europa.

—¿Tan mal la tratamos aquí?

Una noticia tan agradable como inesperada apartó a la artista de sus admiradores.

—Ahí está don Manuel — le anunciaron.

Ella quedó en su cuarto sólo con Salvatti, que seguía siendo su perrito, y no importándole nada la presencia del tenor, recibió a Manuel, con alborozo infantil, ufana de haber logrado arrancarle, por ella, de su odiosa madre.

Manuel, loco, ciego de amor, dijo a Leonor, resuelto a todo:

—Leonor, yo sólo soy tuyo, sólo te amo a ti. Prefiero seguirte por el mundo, aunque no quieras. Ser tu criado... verte, hablarte, mejor que seguir así.

Ella lo deseaba ardientemente. Toda la vida estuvo esperando este momento, y repuso:

—El expreso sale a las seis... Nos iremos juntos, a pasear nuestro amor por el mundo. Voy a prepararme. Entretanto, tráeme un hermoso ramo de flores. Ya sabes tú cuales son mis predilectas.

Manuel iba a salir al punto. Leonor le detuvo, y tratándole como a un juguete, su más caro juguete, le besó con toda su alma en los

labios, hundiéndole el sombrero hasta las ore-



...le besó con toda su alma en los labios...

jas, pues se agarró a las alas del mismo para poseer la boca del amado.

En la calle, Manuel buscó un puesto de

flores; y encontrado éste, eligió las más bellas rosas que allí estaban expuestas.



—¿Te parece bien lo que has hecho, Manuel?

Pero de repente se sintió tocado en un brazo. Volvió y vió a don Andrés.

¿Qué hacía allí el abogado?

¿Le había seguido, por orden de su madre?

¿Qué pretendía?

—Esas flores podrán servir para la pobre doña Pepita, a la que vas a matar... ¿Te parece bien lo que has hecho, Manuel? — le dijo el abogado.

Manuel se sublevó. ¿No era él ya un hombre?

—Yo haré lo que mejor me parezca, don Andrés. Guárdese los consejos para cuando se los pida.

El viejo no se dió por derrotado.

—Te repito que a tu pobre madre la matas... ¡Si vieras lo desconsolada que está!

—Pero ¿y mi corazón? ¿Es que no son dignos de respeto mis sentimientos?

—Calma, Manuel, calma... Déjate de niñerías... Y después... ¿por quién? Cualquiera muchacha de nuestro pueblo vale más... Muchos trajes, muchos polvos y pinturas... Tú también sabes lo que dicen de ella.

Las palabras del redomado viejo caían sobre el cerebro de Manuel como piedras de fuego.

—¿Has olvidado a Remedios, que tanto quiere? — prosiguió don Andrés—. Ya sabes que con esta aventura pierdes la novia, tu carrera política y a tu madre, porque todo lo pierdes, Manuel, y todo por esa... señora.

El infeliz Manuel luchaba con ardor contra todo y contra todos, pero se dejó dominar como un chiquillo, como siempre, creyendo más los consejos de los demás que a su propia conciencia.

—Manuel, sé hombre. Aun es tiempo de que podamos remediar esa chiquillada — persistió don Andrés.

Y Manuel se dejó conducir a su pesar, como una oveja descarriada...

Y Leonor, que le esperaba con la ilusión del primer y único amor de su vida, recibió, en su lugar, una carta de despedida.

La pobre enamorada vió esfumarse para siempre sus sueños de felicidad, y arrugando en sus manos la carta cruel, gimió:

—¡El miserable! Ha jugado conmigo... se burla de mí... ¡Y no puedo aborrecerle!

*
**

Durante ocho años la vida llevó a Leonor de emoción en emoción y llenó a Manuel de toda la respetabilidad y el fastidio de las mediocridades ilustres.

Un día, Leonor encontró en su camarín del teatro de la ciudad, donde actuara otras veces, una carta.

Era de Manuel.

¿Qué le diría?

La leyó con melancolía.

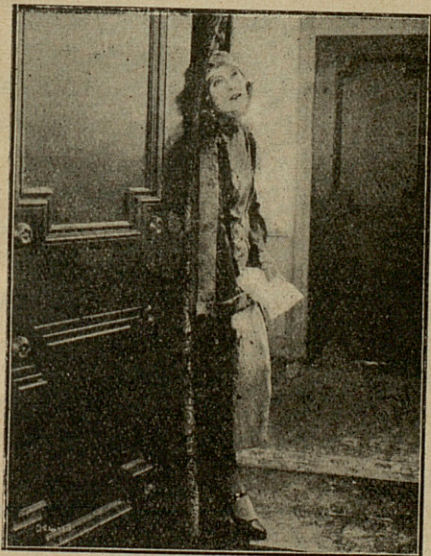
Decía:

Leonor:

Olvida mi falta, el tiempo pasado; imagínate que ayer fué nuestra despedida, que hoy nos encontramos para vivir eternamente unidos.

No te niegues a verme, aunque sea por un momento.

Manuel.



—Ha jugado conmigo... se burla de mí...

Leonor accedió a recibir a su antiguo amor,

y vió aparecer ante sí un hombre que no se parecía en nada a Manuel.

—Hola, Leonor — murmuró el hombre sin nervios.

—Pero... tú no eres Manuel — dijo ella examinándole con infinita tristeza.

—¡Qué hermosa estás! — continuó él, atento sólo a ella—. Parece imposible que hayan transcurrido ocho años.

—Sí; reconozco que no estoy del todo mal. El tiempo no me muerde. Un poco más de tocador, he ahí todo.

Suspiró Leonor y añadió, lleno de pena el corazón:

—¡Pobre Manuel! Siento no poder decirte lo mismo. ¡Estás cambiadísimo! Pareces un señor venerable.

Hubo una pausa.

—Te habrás casado con aquella muchacha que te ofrecía tu madre, ¿verdad? — preguntó luego Leonor.

—Sí. Remedios es mi esposa.

—Tendrás hijos... No intentes negarlo. Lo adivino en tu persona: tienes el aire de padre

de familia; a mí no se me escapan esas cosas...

—Sí, soy padre...



—¡Qué hermosa estás!

—¿Y por qué no eres feliz? Tienes todo el aspecto de un personaje, y lo serás muy pron-

to. Eres rico. Remedios debe ser una buena esposa. ¿Qué te falta?

—Lo que tenía contigo: el amor.

—Nuestro amor murió porque debía morir. Tú naciste burgués, yo llevo en las venas el ardor de la bohemia. El amor es nuestro privilegio, la única fortuna de los locos, de los soñadores... El amor sólo pasa una vez en la vida. Para nosotros pasó ya.

El avisador gritó junto a la puerta del camarín de Leonor:

—¡Último acto!

—¿Ves, Manuel? ¡El último acto! Todo ha terminado — dijo la infeliz, tragándose las amargas lágrimas de la desilusión.

Y su despedida fué callada, triste, de condenados a muerte...

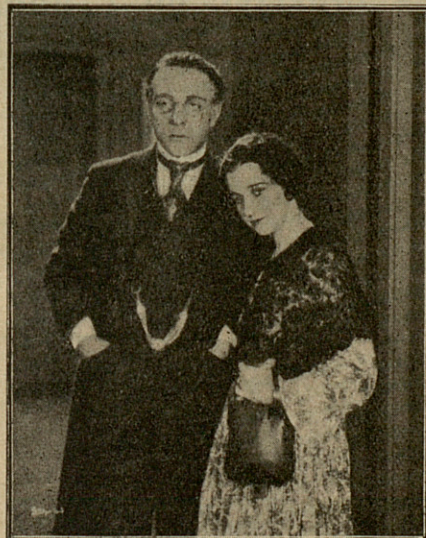
Leonor siguió cantando... en tanto que Manuel, de regreso en su hogar, contemplaba, abrazada a él la compañera impuesta por el Destino, a sus hijitos durmiendo en mullida cama, recién calentada por la buena madre.

¡Qué tragedia la suya!

¡Ser esposo... ser padre... y no ser feliz!

¡Ah!

¡Huyó el amor! ¡Huyó la juventud! ¡Para él no había ya Primavera! La alegre Locura



—¡Qué tragedia la suya!

le rechazaba. Su porvenir era engordar tranquilamente en la jaula dorada de su hogar.

FIN

PRÓXIMO NÚMERO:
la deliciosa comedia

SE NECESITA UN LADRÓN

Creación del célebre artista
NICOLÁS RIMSKY
y de la bellísima
GABY MORLAY

¡ÉXITO ENORME!

Sea usted coleccionista de
Los Grandes Films

SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR

COLECCIONE USTED
LOS SUGESTIVOS LIBROS DE LA
BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

CUYOS TITULOS SON LOS SIGUIENTES:

Los Hijos de Nadie.-El triunfo de la mujer.-El prisionero de Zenda.-El joven Medardus.-Los enemigos de la mujer.-Una mujer de París.-El Corsario.-Para toda la vida.-Cyrano de Bergerac.-De mujer a mujer.-La Hermana Blanca.-El milagro de los lobos. ¡¡París...!!-Venganza de mujer.

Precio de cada libro: UNA PESETA

Teresa de Ubervilles.-Maciste, Emperador.-Lirio entre espinas.-El que recibe el bofetón.-Rómula.-Janice Meredith.-El Fantasma de la Ópera.-El trono vacante.-El Caid.-Madame Sans-Gêne.-América.-Cuando las mujeres aman.-El Capitán Blood.-Más fuertes que su amor.-Tilla...-Demasiadas mujeres.-Nobleza baturra.-Cenizas de Odio.-El Rajá de Dharmagar.-El difunto Matías Pascal.-La marca de fuego.-Los Hijos de Nadie.-El escador de Islandia.-La 8ª mujer de Barba Azul.-El Be-o de la Victoria.-El proceso de Nan y Preston.-Justicia gitana.-La Poupée de París.-El abanico de Lady Windermere.-Por la Patria.-Amor de Padre.-El asalto al ambulante de Correos.-Dick, el Guardia Marina.-Boy.-La conquista del Amor.-Bajo el cielo de Monte-Carlo.-La Barrera.-La Hechicera.-Maternidad.-Los niños del Hospicio.-El diablo santificado.-La calle del olvido.-¿Eben tener hijos los pobres? Gorriones.-Risa de evante.-El Trasatlántico.-El hijo pródigo.-El mundo perdido.-La novia fingida.-El místico.-La novela de una noche.-La que no sabía amar.-Montecarlo.-Malvaloca.-La Favorita de la Legión.-Los hombres que pagan.-¿Chico o chica?-Su Alteza el Príncipe.-El circo del diablo.-La Máscara de Oro.-Juguete del placer.-Inocente condenado.-Cambio de esposas.-La única mujer Una Yanguí en la Argentina.-Maldad encubierta.-Juanito cortat.-El pelo.-El Torrente

Precio de cada libro: 50 céntimos

:: PRONTO ::

Z A Z Á

POR GLORIA SWANSON

EDICIONES ESPECIALES

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Lea usted todos los sábados

La Novela Favorita

*Colección de novelas originales
de renombrados autores*

:: EDICIONES BISTAGNE ::

82

